

El señor de Sartines tardó algo en reponerse de un susto tan serio, pues había visto, como si tratara de mirar el cañón por dentro, la boca amenazadora del cachorrillo, y hasta había sentido en su frente el frío de su círculo de hierro.

Por último se repuso, y dijo :

— Caballero, os llevo una ventaja; pues sabiendo la clase de hombre con quien hablaba, no he tomado las precauciones que se toman contra los malhechores ordinarios.

— ¡ Oh ! replicó Bálamo; veo que os irritáis, y que prorrumpís en denuestos; sin notar que sois muy injusto, pues vengo á prestaros un servicio.

El señor de Sartines hizo un movimiento.

— Sí, vengo á prestaros un servicio, repitió Bálamo; y ya veis que os equivocáis acerca de mis intenciones, puesto que me habláis de dirigir conspiraciones precisamente cuando vengo á denunciaros una conspiración.

Pero por más que dijese Bálamo, el señor de Sartines no prestaba en aquel momento grande atención á las palabras de aquel peligroso visitante; tan poca era la que prestaba que apenas hizo alto en la palabra conspiración que en otras circunstancias le hubiera sobresaltado en extremo.

— Puesto que tan bien sabéis quién soy, debéis saber igualmente mi misión en Francia. Enviado por S. M. el gran Federico, esto es, embajador más ó menos secreto de S. M. prusiana (y quien dice embajador dice curioso); en mi calidad de curioso no ignoro nada de lo que pasa, y una de las cosas que mejor conozco es el monopolio de los granos.

Por muy sencillamente que Bálamo pronunció estas últimas palabras, hicieron más impresión en el subdelegado de policía que todas las anteriores, pues le hicieron levantar lentamente la cabeza y prestar atención.

— ¿ Qué es eso de los granos ? dijo afectando tanta seguridad como había empleado el mismo Bálamo al principio de la conversación. Tened á bien enterarme de eso, caballero.

— Con mucho gusto, dijo Bálamo; he aquí lo que es.

— Ya os escucho.

— ¡ Oh ! no tenéis necesidad de decírmelo. Hay especuladores muy diestros que han persuadido á S. M. el rey de Francia que debía mandar construir graneros para almacenar los granos de sus pueblos para en caso de miseria. Por consiguiente, se han empezado á hacer esos graneros, y durante su construcción, ha habido quienes han dicho que convenía hacerlos grandes, de manera que no se ha escaseado la piedra sillar ni la mampostería, y se han construido muy vastos.

— ¿ Y qué más ?

— Que ha sido preciso henchirlos, porque los graneros vacíos eran inútiles; y efectivamente han sido atestados de grano.

— ¿ Y qué, caballero ? dijo el señor de Sartines, no viendo aun claramente á dónde quería ir á parar Bálamo.

— Pues bien, ya comprenderéis que para llenar unos graneros tan grandes ha habido que almacenar una cantidad grandísima de trigo. ¿No es verdad?

— Sin duda.

— Continúo. El retirar de la circulación mucho trigo es un medio de matar de hambre al pueblo, porque, tenedlo presente, todo valor que se saca de la circulación equivale á una falta de producto. Mil fanegas de grano encerradas en un granero, son mil fanegas menos sacadas al mercado, y si estas mil fanegas las multiplicáis aunque sea solo por diez, el trigo se encarece como es consiguiente.

Al señor de Sartines le acometió un ataque de tos, sin duda de irritación.

Bálsamo se detuvo, y esperó tranquilamente á que se calmase la tos.

— De consiguiente, continuó diciendo así que el subdelegado de policía le dió tiempo, el especulador en granos se enriquece con el aumento del precio; ¿no es esto claro?

— Mucho que lo es, dijo el señor de Sartines; pero, según veo, caballero, ¿se reduce vuestra pretensión á denunciarme una conspiración ó un crimen cuyo autor sería S. M. ?...

— Justamente, contestó Bálsamo, me habéis entendido.

— Seguramente que es cosa atrevida, caballero, y en verdad que tengo gran curiosidad por saber cómo tomará el rey vuestra acusación. Mucho temo que el resultado sea precisamente el mismo que yo me proponía alcanzar con registrar los papeles que contenía este cofre antes de vuestra llegada. Andaos con tiento, caballero, porque siempre iréis á parar á la Bastilla.

— Vamos, está visto que no me entendéis.

— ¿Cómo que no os entiendo?

— ¡Dios mío! qué mal me juzgáis! y cuánto os equivocáis, caballero, si me tenéis por tonto! ¡Cómo! ¿os figuráis que yo voy á atacar al rey, yo, que soy embajador y curioso?... Eso sería propio de un necio, y os suplico que me oigáis hasta el fin.

El señor de Sartines hizo un movimiento con la cabeza.

— Los que han descubierto esa conspiración contra el pueblo francés (... dispensadme, caballero, si os estoy robando un tiempo precioso, pero pronto veréis que no es enteramente perdido); los que han descubierto esa conspiración contra el pueblo francés son unos economistas muy laboriosos y aficionados á pormenores, que al aplicar su lente investigador á ese monopolio han observado que el rey no es el único que lo ejerce. Saben muy bien que S. M. lleva un registro exacto del grano que se presenta al mercado; saben que S. M. se restrega las manos de gusto cuando la alza le produce ocho ó diez mil escudos; pero también saben que al lado de S. M. hay un hombre, cuya posición facilita la venta, que, gracias al empleo que ejerce (porque es empleado, caballero), vigila las compras, la llegada de los cargamentos, y la operación de entorajar el trigo; un hombre, en fin, que se mezcla en todo esto en nombre del rey. Ahora bien, les economistas, los hombres del lente, como yo los llamo, no atacan al rey, pues no son tan imbéciles como todo eso, sino al hombre, señor mío, al empleado, al agente que ejerce el monopolio para S. M.

El señor de Sartines trató, aunque en vano, de volver el equilibrio á su peluca.

— Ahora llego al hecho, continuó Bálsamo. Así como vos sabíais, porque tenéis una policía, que yo era el conde de Fénix, yo sé que vos sois el señor de Sartines.

— Y bien, ¿qué? dijo el magistrado algo cortado. Sí, yo soy el señor de Sartines. ¡Me gusta el descubrimiento!

— ¡Ah! pues acabad de entenderlo; ese señor de Sartines es precisamente el hombre que lleva los registros, que hace los monopolios, el que, con conocimiento del rey ó sin él, trafica con los estómagos de veintisiete millones de franceses, á quienes le prescriben sus funciones alimentar lo más barato posible. Ahora bien, ¡figuraos el efecto de semejante descubrimiento! El pueblo no os quiere mucho; el rey no es un hombre tierno, por consiguiente tan luego como los gritos de los hambrientos pidan vuestra cabeza, S. M., á fin de alejar la menor sospecha de connivencia con vos, si es que la tiene, ó para hacer justicia, si no hay connivencia, se apresurará á mandar que os cuelguen como se hizo con Enguerrando de Marigny, ¿os acordáis?

— No muy bien, respondió el señor de Sartines muy pálido; y me parece, caballero, que dais pruebas de muy mal gusto hablando de patíbulo á un hombre de mi condición.

— ¡Oh! si hablo de él, caballero, replicó Bálamo, es porque me parece que estoy viendo á aquel pobre Enguerrando. Os juro que era un cumplido caballero de Normandía, descendiente de una familia muy antigua y de una casa muy noble. Era chambelán de Francia, capitán del Louvre, intendente de Hacienda y Marina, conde de Longueville, que es un condado más importante que el vuestro de Alby. Pues bien, caballero, yo lo he visto colgado en la horca de Montfaucon que él mismo había mandado levantar, y, á Dios gracias, no fué por falta de repetirle: « Enguerrando, mi querido Enguerrando, andaos con cuidado, pues cortáis y rajáis en la hacienda con una libertad que

no os la perdonará Carlos de Valois. » Pero no quiso escucharme, caballero, y pereció desgraciadamente. ¡Ay! si supierais cuántos prefectos de policía he visto, desde Poncio Pilato que condenó á Jesuérsto, hasta el señor Bertin de Bellile, conde de Bourdeilhes, y señor de Brantome, vuestro predecesor, que estableció los faroles y prohibió los ramilletes!

El señor de Sartines se levantó y trató, aunque en vano, de disimular la agitación que lo dominaba.

— Y bien, dijo, acusadme si gustáis; ¿qué me importa el testimonio de un hombre como vos que no se funda en nada?

— ¡Cuidado, caballero! repuso Bálamo, que muchas veces los que al parecer no se fundan en nada se fundan en todo! y cuando yo escriba todos esos pormenores de la historia de los granos acaparados á mi corresponsal ó á Federico, que es filósofo como vos sabéis; cuando Federico se apresure á escribir la cosa comentada al señor Arouet de Voltaire; cuando éste haga con su pluma, cuya fama conoceréis á lo menos, un cuento picaresco en el género del hombre de cuarenta escudos; cuando el señor de Alembert, ese admirable geómetra, haya calculado que con los granos de trigo arrebatados por vos al sustento público se hubiera podido mantener á cien millones de hombres por espacio de tres ó cuatro años; cuando Helvecio haya demostrado que el precio de esos granos, convertido en escudos de seis libras y puestos en pila, podría subir hasta la luna, y en billetes de banco puestos unos al lado de los otros podría extenderse hasta San Petersburgo; cuando este cálculo haya inspirado un drama al señor de la Harpe; una conversación del padre de familia de Diderot y una paráfrasis terrible sobre esta conversación con comentarios de J.-J. Rousseau, de Ginebra, que tampoco muerde mal

cuando se pone á ello ; una memoria al señor Carón de Beaumarchais, cuya pista Dios os libre de seguir nunca ; una carta al señor Grimm ; un arranque de furor al señor de Holbach, y un cuento moral al señor de Marmontel, quien os asesinará defendiéndoo mal ; cuando se hable de esto en el café de la Regencia, en el Palais-Royal, en casa de Audinot y la de los bailarines del rey, mantenidos como sabéis por el señor Nicolet : ¡ ah ! entonces, señor conde de Alby, seréis un subdelegado de policía más desahuciado de la opinión que nunca lo fué en el patíbulo ese pobre Enguerrando de Marigny, de quien no queréis oír hablar, pues decía que era inocente, y con tan buena fe, que bajo palabra de honor os digo que lo creí cuando me lo afirmó.

Al oír esto, sin guardar decoro por más tiempo el señor de Sartines quitó la peluca y se enjugó el cráneo, cubierto enteramente de sudor.

— Corriente, dijo, todo eso no impedirá que obre ; perdedme si es que podéis, pues si vos tenéis pruebas, también las tengo yo. Conservad vuestro secreto, pues yo conservaré el cofrecito.

— Caballero, dijo Bálamo, ese es otro error en que me admiro que incurra un hombre de tanta fuerza de entendimiento. Esta cajita.....

— ¿ Qué hay con esta cajita ?

— Que no la conservaréis.

— ¡ Oh ! exclamó el señor de Sartines senriéndose irónicamente, es verdad ; se me había olvidado que el señor conde de Fénix es un caballero que acomete á mano armada como los salteadores de caminos. Dispensadme, señor embajador, si no me acordaba ya de vuestra pistola ; como os la habéis vuelto á guardar.....

— Aquí no se trata de pistolas, señor de Sartines ; estoy seguro de que no creéis que voy á trabar con vos

una lucha para quitaros á la fuerza ese cofrecito, pues aun no habría llegado á la escalera, cuando ya habríais tocado la campanilla y dado la voz de ¡ ladrones ! No. Cuando digo que no conservaréis el cofrecito, debe entenderse que vais á devolvérmelo de motu proprio y con gusto.

— ¡ Yo ! exclamó el magistrado empuñando el cofrecito con tanta fuerza que faltó poco para que lo rompiese.

— Sí, vos.

— Está bien, burlaos, caballero ; pero en cuanto á recobrar esta caja, os digo que para ello necesitáis quitarme antes la vida. ¿ Qué digo la vida ? ¿ No la he arriesgado mil veces ? ¿ No debo derramar hasta la última gota de mi sangre en servicio de S. M. ? Matadme, sois muy dueño de ello ; pero al ruido acudiría quien me vengase, y no me faltaría quien os convenciese de todos vuestros crímenes. ¡ Ah ! ¿ devolveros este cofrecito ? añadió con amarga sonrisa, aunque todos los demonios del infierno vinieran á reclamarlo, no lo entregaría.

— Así, no me valdré de la intervención de ningún poder subterráneo ; me bastará emplear la de la persona que en este momento está llamando á la puerta de vuestro patio.

En efecto, acababan de resonar tres golpes dados magistralmente.

— Y cuya carroza, continuó Bálamo, está entrando ya en el patio, ¿ no la oís ?

— ¿ Al parecer es algún amigo vuestro que me hace el honor de venir á visitarme ?

— Efectivamente, es un amigo mío.

— ¿ Y decís que le devolveré este cofrecito ?

— Sí, querido señor de Sartines, se lo devolveréis. No bien el subdelegado de policía había acabado un

gesto de supremo desdén, cuando un ayuda de cámara abrió solícito la puerta y anunció que la señora condesa Dubarry solicitaba una audiencia de monseñor.

El señor de Sartines se estremeció y miró estupefacto á Bálamo, quien tuvo que apelar á todo su poder sobre sí mismo para no reirse en las barbas del honorable magistrado.

El aquel momento detrás del ayuda de cámara entraba toda perfumada y con paso rápido una dama que no creía tener necesidad de permiso; era la hermosa condesa, cuyo ondulante vestido rozó suavemente la puerta del gabinete.

— ¿Sois vos, señora? ¿vos aquí? murmuró el señor de Sartines, quien, por un resto de terror, había tomado entre las manos y apretaba contra su pecho el cofrecito aun abierto.

— ¡Buenos días, Sartines! dijo la condesa con su alegre sonrisa; luego volviéndose hacia Bálamo, añadió: ¡Buenos días, querido conde!

Y alargó la mano á este último, que se inclinó familiarmente y estampó sus labios en aquella blanca mano en que tantas veces había estampado los suyos el rey.

Con aquel movimiento había tenido tiempo Bálamo para decir en voz baja tres ó cuatro palabras que no pudo oír el señor de Sartines.

— ¡Ah justamente! ¡Conque está aquí mi cofrecito! exclamó la condesa.

— ¡Vuestro cofrecito! balbuceó el señor de Sartines.

— Sin duda que es mi cofrecito. ¡Toma! ¡y lo habéis abierto! ¡Me gusta la franqueza!

— Pero, señora.....

— ¡Oh! es admirable; ya se me había ocurrido... Me habían robado ese cofrecito, y dije para mí: voy á ver al señor de Sartines, que ya hará que parezca.

Pero parece que no habéis aguardado mi reclamación para hallarlo, ¡mil gracias!

— Y hasta lo ha abierto, como habéis dicho, madama, añadió Bálamo.

— ¡Sí, ya lo veo!... ¿Puede darse una cosa igual? Eso es odioso, señor de Sartines.

— Madama, debo deciros, salvo el respeto que os profeso, que temo mucho que os dejéis engañar, dijo el señor de Sartines.

— ¡Dejarse engañar! dijo Bálamo. Caballero, ¿decís acaso eso por mí?

— Yo sé lo que me digo, replicó el señor de Sartines.

— Y yo no sé nada, dijo en voz baja madama Dubarry á Bálamo. Veamos, ¿qué es lo que ocurre, querido conde? Me habéis recordado la promesa que os hice de concederos la primera petición que me hicieris. Yo cumplo mis palabras como un hombre de honor, y ya me tenéis aquí. Veamos, decidme lo que puedo hacer por vos.

— Madama, respondió en voz alta Bálamo, me habéis confiado hace pocos días esta cajita y todo lo que contiene.

— Sin duda, dijo madama Dubarry respondiendo con una mirada á otra del conde.

— ¡Sin duda! exclamó el señor de Sartines. ¿Y vos decís sin duda, madama?

— Me parece que la señora condesa ha pronunciado esas palabras con voz bastante alta para que las hayáis oído.

— ¡Una cajita que tal vez contiene diez conspiraciones!

— ¡Ah! señor de Sartines, ya sabéis que no estáis de suerte con esa palabra, así no la repitáis. Madama os reclama su cofrecito, devolvédselo y punto concluido.

— ¿ Vos me lo reclamáis, madama? preguntó el señor de Sartines trémulo de cólera.

— Sí, querido magistrado.

— Pero, á lo menos debéis saber.....

Bálsamo miró á la condesa.

— Nada tengo que saber que no sepa ya, dijo madama Dubarry; devolvedme mi cofrecito, pues debéis conocer que no me habré molestado por una fruslería.

— ¡ Madama, en nombre de Dios vivo, en nombre del interés de S. M. !.....

Bálsamo hizo un gesto de impaciencia.

— Venga el cofrecito, caballero, dijo la condesa lacónicamente; ¿ me lo dais, sí ó no? Reflexionad antes de decir que no.

— Como gustéis, señora, dijo el señor de Sartines con humildad.

Y presentó á la condesa el cofrecito, en que había colocado Bálsamo todos los papeles que estaban esparcidos en el bufete.

La Dubarry se volvió hacia éste, y le dijo con una sonrisa encantadora:

— Conde, tened la bondad de llevarme este cofrecito hasta mi carroza, y darme la mano para que no atraviese sola todas estas antesalas en que se ven unos rostros tan pícaros. ¡ Gracias, Sartines!

Y ya se dirigía Bálsamo hacia la puerta con su protectora, cuando vió que el señor de Sartines iba á tirar del cordón de la campanilla.

— Señora condesa, dijo Bálsamo, deteniendo á su enemigo cen la vista, dignaos decir al señor de Sartines, quien no me perdona el que le haya pedido vuestra cajita, que sentiríais mucho me sucediera alguna desgracia por culpa del señor subdelegado de policía, y que se sirva no molestarme.

La condesa se sonrió, y dijo:

— Querido Sartines, ya oís lo que dice el señor conde: sí, es la pura verdad; el señor conde es un excelente amigo mío, y os tendría un rencor mortal si le disgustaseis en algo. ¡ Adiós, Sartines!

Y asida de la mano de Bálsamo, quien llevaba el cofrecito, la Dubarry dejó el gabinete del subdelegado de policía.

El señor de Sartines los vió marcharse sin mostrar ese furor que Bálsamo esperaba ver estallar.

— ¡ Véte! murmuró el magistrado vencido; véte, que si tú te llevas la cajita, á mí me queda la mujer que la traje.

Y para desquitarse tiró del cordón de la campanilla con tal furia que faltó poco para romperlo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1625 MONTREY, MEXICO

XXI

En que el señor de Sartines principia á creer que Bálamo es hechicero

Al oír el precipitado ruido de la campanilla acudió un portero.

— ¡ Y bien ! ¿ esa mujer ? preguntó el magistrado.

— ¿ Qué mujer, monseñor ?

— La que se desmayó aquí y que yo os confié.

— Monseñor, está perfectamente buena, respondió el portero.

— Está bien, traedla aquí.

— ¿ Y á dónde la voy á buscar, monseñor ?

— ¡ Cómo ! á ese cuarto donde está.

— Pero ya no está ahí, monseñor.

— ¡ Ya no está ahí ! ¿ Entonces dónde está ?

— No puedo decíroslo.

— ¿ Se ha marchado ?

— Sí.

— ¿ Sola ?

— Sola.

— Pero si apenas podía tenerse en pie.

— Verdad es, monseñor ; estuvo algunos momentos desmayada ; pero cinco minutos después que el señor conde de Fénix entró en este gabinete, volvió en sí de aquel extraño desmayo que no podía pasarle con las sales y las esencias que le aplicamos. Entonces abrió los ojos, se levantó por sí sola, y respiró con una especie de satisfacción.

— ¿ Y después ?

— Después se dirigió hacia la puerta, y como monseñor no había mandado que la retuviéramos, la dejamos marchar.

— ¡ Ha marchado ! exclamó el señor de Sartines. ¡ Desventurados !... ¡ Voy á hacer que todos vosotros os pudráis en Bicetre. ¡ Pronto ! pronto ! que venga el oficial mayor.

El portero salió corriendo á cumplir la orden que acababan de darle.

— ¡ Ese miserable es hechicero ! murmuró el infortunado magistrado. Si yo soy subdelegado de policía del rey, él lo es del diablo.

Sin duda habrá ya comprendido el lector lo que el señor de Sartines no podía explicarse. Inmediatamente después de la escena de la pistola, y mientras el subdelegado de policía trataba de reponerse del susto, aprovechando Bálamo aquel momento de respiro, se había orientado, y volviéndose sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales, había ordenado á la joven que se levantase, que saliese y regresase por el mismo camino que había traído, es decir, á la calle de San Claudio.

Así que Bálamo formuló en su mente esta voluntad, se estableció una corriente magnética entre él y la joven, y obediendo ésta á la orden que recibía por intuición, se levantó y se fué sin que nadie se opusiera á su marcha.

Aquella misma noche se metió en la cama el señor de Sartines y mandó que le sangrasen, pues la revolución de su cuerpo había sido demasiado fuerte, para que pudiese soportarla impunemente ; y aun aseguró el médico que con sólo haber tardado un cuarto de hora más en sangrarse, hubiera sucumbido á un ataque de apoplejía.

En este intermedio, Bálamo había acompañado á la condesa hasta su coche y había tratado de despedirse de ella, pero la condesa no era mujer capaz de permitir que así la dejasen sin saber, ó, al menos, sin tratar de saber la explicación del extraño acontecimiento que acababa de pasar á su vista.

Así, pues, rogó al conde que subiese con ella al carruaje, y éste obedeció, mandando á un caballero que llevase á Djerid de la brida.

— Ya veis, conde, si soy leal, dijo la Dubarry, y que cuando ofrezco mi amistad á uno, lo hago con la boca y el corazón. Iba á volverme á Luciennes, á donde el rey me ha dicho que irá á verme mañana por la mañana; pero recibí vuestra esquela, y todo lo he dejado por vos. Muchos se hubieran asustado al oír esas palabras de conspiraciones y conspiradores que soltaba el señor de Sartines; pero os miré antes de obrar y he hecho lo que deseabais.

— Señora, respondió Bálamo, habéis pagado ampliamente el corto servicio que os hice; pero nada de lo que se haga conmigo es perdido, y ya veréis si sé agradecer los favores que se me dispensan. No creáis, sin embargo, que soy un criminal ó un conspirador, como dice el señor de Sartines; este amable magistrado recibió de manos de una persona que me ha hecho traición, este cofre que contiene mis secretos químicos y herméticos; secretos, señora condesa, que quiero compartáis conmigo, para que conservéis eternamente vuestra espléndida hermosura y esa juventud tan brillante. Ahora bien, al ver las cifras de mis fórmulas, mi querido Sartines llamó en su ayuda á la cancillería, la cual ha interpretado á su modo mis cifras para que no se la acusase de falta de inteligencia. Creo, señora, que ya os he dicho una vez que aun no está exento el oficio que ejerzo de todos los peligros

que lo rodeaban en la edad media, mirándolo favorablemente sólo los jóvenes de una imaginación tan despejada como la vuestra. En una palabra, señora, me habéis sacado de un apuro, y no sólo os lo agradezco, sino que os daré pruebas de mi gratitud.

— Pero ¿qué os hubieran hecho si yo no hubiese venido á favoreceros?

— Con el fin de jugar una pieza al rey Federico, á quien detesta S. M., me hubieran encerrado en Vincennes ó en la Bastilla. Sé que hubiera salido de allí, gracias á la facilidad con que deshago las piedras como un soplo; pero con esto perdía mi cofrecito, el cual contiene, como ya he tenido la honra de deciroslo, muchas fórmulas curiosas é inapreciables, arrancadas por una feliz casualidad á la ciencia del fondo de las eternas tinieblas.

— ¡ Ah! conde, me tranquilizáis y encantáis á un mismo tiempo; ¿ prometéis darme un filtro para rejuvenecerme?

— Sí.

— ¿ Y cuándo me lo daréis?

— ¡ Oh! no tenemos tanta prisa; dentro de veinte años me lo pediréis, hermosa condesa, pues supongo que no querréis volveros ahora una niña.

— Sois un hombre amabilísimo, conde; pero voy á haceros una pregunta y os dejo, porque, según parece, tenéis prisa.

— Hablad, señora.

— Me habéis dicho que cierta persona os ha hecho traición: ¿ es hombre ó mujer?

— Mujer.

— ¡ Ah! ah! conde; ¿ también tenemos amores?

— ¡ Ay! sí, aumentados con unos celos que rayan en furor, y que producen los efectos que estáis viendo. Estoy ligado con una mujer que, no atreviéndose á

darme una puñalada, porque sabe que soy invulnerable, ha querido enterrarme en un calabozo ó arruinarme.

— ¿Cómo arruinaros?

— Á lo menos así lo creía.

— Conde, voy á mandar parar, dijo la Dubarry riéndose; ¿es el azogue que corre por vuestras venas el que os da esa inmortalidad que hace os delaten en vez de mataros?... ¿Os apeáis aquí ó queréis que os deje en vuestra casa? Vamos, elegid.

— Sería demasiada bondad de vuestra parte molestarnos por mí; además tengo aquí á Djerid.

— ¡Ah! ¿ese hermoso caballo que, según dicen, corre más que el viento?

— ¿Os gusta, señora?

— Sí, es un corcel magnífico.

— Permitidme que os lo regale, pero con la condición de que sólo vos lo habéis de montar.

— ¡Oh! no, gracias; no monto á caballo, ó á lo menos lo hago con mucha timidez; pero la intención vale para mí tanto como el regalo. Adiós, conde, no os olvidéis que para dentro de diez años necesito mi filtro regenerador.

— He dicho veinte años.

— Conde, ya sabéis que hay un refrán que dice que más vale pájaro en mano, etc... Y aun si podéis darme para dentro de cinco años... Nadie sabe lo que puede suceder.

— Cuando gustéis, condesa, ¿no sabéis que soy vuestro?

— Otra palabra no más, conde.

— Decid, señora.

— Preciso es que me inspiréis mucha confianza para deciroslo.

Bálsamo, que se había apeado ya, dominó su impaciencia, y se acercó á la condesa.

— Dicen por ahí, continuó madama Dubarry, que le gusta al rey la chica de Taverney.

— ¡Ah! exclamó Bálsamo. Es posible, señora.

— Aseguran que le gusta muchísimo, y si es cierto es preciso que me lo digáis. Conde, no tengáis miramientos conmigo, tratadme como una amiga, os suplico que me digáis la verdad.

— Más hare, señora, respondió Bálsamo; os garantizo que la señorita Andrea no será nunca la querida del rey.

— ¿Y por qué, conde? preguntó madama Dubarry.

— Porque no quiero yo que lo sea, dijo Bálsamo.

— ¡Oh! exclamó la condesa con tono de incredulidad.

— ¿Lo dudáis?

— ¿No es permitido dudarlo?

— No dudéis nunca de la ciencia, señora; y supuesto que me habéis creído cuando dije sí, creedme también ahora que digo no.

— Pero, en fin, tenéis según eso medios....

Y se detuvo sonriendo.

— Acabad.

— ¿Medios capaces de aniquilar la voluntad del rey ó de combatir sus caprichos?

— Yo tengo medios para crear simpatías.

— Sí, ya lo sé.

— Lo sabéis y lo creéis.

— Lo creo.

— Pues bien, también crearé antipatías, y hasta imposibilidades si preciso es. Así, tranquilizaos, condesa, pues velo yo.

Bálsamo pronunciaba estas frases con un aire tan distraído que madama Dubarry no las habría tomado

por lo que las tomó, esto es, por la adivinación, si hubiese conocido toda la sed febril que tenía Bálamo de ver á Lorenza cuanto antes.

— Vamos, dijo la condesa, está visto, conde, que no sólo sois mi profeta de felicidad, sino también mi ángel custodio. Conde, tenedlo bien entendido, yo os defenderé, y vos me defenderéis á mí. ¡Alianza! ¡alianza!

— Corriente, señora, respondió Bálamo.

Y besó de nuevo la mano de la condesa.

Luego, cerrando la portezuela de la carroza que la condesa había mandado parar en los Campos Eliseos, montó en su caballo, que relinchó de alegría, y desapareció al-punto en la oscuridad de la noche.

— ¡Á Luciennes! exclamó la Dubarry consolada.

Bálamo despidió un silbido dulce, apretó levemente las rodillas, y al sentir las Djerid salió á galope.

Cinco minutos después hallábase en el vestíbulo de la calle de San Claudio, mirando á Fritz.

— ¿Qué hay? preguntó con ansiedad.

— Lo que anunciasteis, señor, respondió el criado que se había acostumbrado á adivinar sus miradas.

— ¿Ha vuelto?

— Arriba está.

— ¿En qué habitación?

— En la de las pieles.

— ¿En qué estado?

— ¡Oh! muy fatigada; corría con tal rapidez, que aunque la ví venir á lo lejos, porque estaba en acecho, ni siquiera tuve tiempo para salir á recibirla.

— ¿De veras?

— ¡Oh! estoy asustado, entró aquí ligera como un torbellino, subió la escalera sin tomar aliento, y al entrar en la habitación cayó de pronto sobre la piel del león negro. Allí la encontraréis.

Bálamo subió precipitadamente, y en efecto halló á Lorenza luchando sin tener fuerzas contra las primeras convulsiones de una crisis nerviosa. Había demasiado tiempo que pesaba sobre ella el fluido, obligándola á cometer actos de violencia, y expresaba sus sufrimientos por medio de gemidos, como si sintiera sobre el pecho el peso de una montaña que intentaba quitarse de encima con las manos.

Bálamo la miró un instante echando fuego por los ojos, y cogiéndola en brazos la llevó á su aposento, cuya puerta misteriosa se cerró tras sí.